



EL "POLICEMAN" DE LA POLÍTICA EUROPEA

10 CÉNTIMOS

LA CALABAZA MISTERIOSA

según MIGUEL DE CERVANTES

¡Mala ventura les depare su incredulidad á los pícaros volterianos, que, tan largos de lengua como cortos de intencion piadosa, andan por esos mundos de Dios despotricando de lo lindo contra los edificantes relatos de la más sana y convincente milagería!

La semilla dañosa ha echado raíces hondas, pero muy hondas, y nos lo da á entender la noticia exacta, y por ende irrecusable, de las muchas centurias á que se extiende su germinacion, para descrédito ¡oh dolor! de aquellos tiempos catolicísimos, en que apenas si el pernicioso influjo del libre pensamiento solía asomar por entre las malhadadas letras de molde (¡que Dios confunda!), y aun así, siempre se hallaba prevenido el saludable latigazo de un *anathema sit*, con ilustraciones inquisitoriales, *ad majorem Dei gloriam*... No, no ponga cara fosca el lector piadoso si cierto tufillo de irónica herejía trasciende de este párrafo.

Católicos, y muy católicos, eran los tiempos en que el gran CERVANTES ("manco sano, famoso en todo y regocijo de las Musas,") dió á luz la obra más singular—su QUIJOTE—, orgullo de España y gloria de las buenas letras; y, no obstante, entre risotadas aceptábanse los más estupendos milagros (¡qué horror!) y se permitían ciertos escritorzuelos donosas relaciones sobre reliquias santas (¡qué blasfemia!) para solaz de humanistas y bachilleres, que ya pretendían

"saber de cosas divi—
juzgándolas como huma.—"

Y que no valga esta afirmacion mia, sin la probanza incontestable que apercibida tengo.

Precisamente cuidábame yo, durante estos dias últimos, de revolver papelotes, ocupado, para labor de actualidad, en la búsqueda de apuntes y notas, que guardaba como oro en paño, desde aquellos mis felices tiempos juveniles (¡ay, ya muy lejanos. por desgracia!), en que el cargo presidencial de la *Juventud Cervantista de Alicante* imponíame la tarea grata de coleccionar cuanto al Príncipe de los Ingenios españoles se refiriera; y héte aquí que, entre *Varias obras inéditas de CERVANTES, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina*, y publicadas en 1874 por el eximio historiador y cervantófilo *Don Adolfo de Castro*, hállome con el entremés de *Los Mirones*, en el que no se sabe qué admirar más: si lo entretenido de la fábula, vestida con las filigranas de una castísimas locucion, ó los atrevimientos de las imágenes, conceptos y narraciones con que se engalanan los actores del entremés, *cofrades* de una Sociedad fundada en Sevilla, allá á principios del siglo XVII, para el solo objeto de *mirar* con ojos de lince cuanto en la ciudad del Betis ocurriera, y poder llevar, de tal guisa, impresiones regocijadoras á las sesiones de charla (*causerie*, ahora diríamos) celebradas reglamentariamente, bajo la presidencia de un famoso Licenciado... ¿Cabe entretenimiento más inocente y hasta de ejemplaridad nada sospechosa?

Pues digo á ustedes que *Los Mirones* de CERVANTES no tienen desperdicio. Yo he leído y releído tan famoso entremés, aun arriesgándome á perturbar mis ensueños de espiritual bienandanza (que Dios, por luengos años me conserve), y confiésoles que me he quedado *como quien ve visiones*, sin atreverme á darlo por escrito en aquellos benditos tiempos de religiosidad y místico fervor, tan ponderados en nuestros dias por los paladines de la buena causa... ¡Si CERVANTES me resulta un *Nakens*, corregido y aumentado! ¡Si hay en *Los Mirones* un manojito de *flores místicas* que podría exhibirse en *El Motín* como preciado ramillete!...

Veamos, sino, algunos botones para muestra.

Empieza el desfile de *Mirones*, y ¡válganos Dios con el chaparron de herejías que sueltan los condenados!

El primero relata la batalla *verdureril* de dos

regatonas ó *placeras* en el mercado de Santa Catalina, y despues de presentarlas "como alheña de puro molidas," nos las ofrece haciendo rezar á un ciego la *Pasion*, para llorar á moco tendido cuando llega aquello de *Saca Pilatos al Omnipotente*, motivando que una *freidera* no pudiese sufrir devocion tanta y dijera: "¡Gentil hipocresía! ¡Acabadas de deshonrarse, lloran en oyendo que nombran á Pilatos!..." Lo cual da exacta idea de la devocion fervorosa de la época cervantina y del donaire con que—al decir de un interlocutor del entremés—aquellas *placeras*, "mientras lloraban con los ojos, estarían robando con las manos y engañando á los mismos despenseros, que son los sucesores de Judas."

Pues saltemos ahora de uno á otro *Miron*, y lleguemos al *Cuarto*, que va á referirnos el casamiento de una vieja, la cual, despues de haber enterrado á tres maridos, acude ante el cura del Sagrario, con el postrero, boticario por más señas. Y es de oír al manso padre de almas, que CERVANTES describe, guiñando á la novia y diciendo al mozo: "Mire bien lo que hace por ser hoy *novio*, no diga despues toda su vida que *no vió*..." "Vuesa merced—grita la vieja—inferna su alma, poniendo estorbos al Sacramento del matrimonio..." "Yo cumplo una de las siete obras de misericordia,"—replica el *pater*—"Vuesa merced turba la conciencia..."—*Et sic de ceteris*, pues la escena resulta chistosísima y, sobre todo, edificante, gracias á las socarronerías del padre cura.

Peró todo esto es miel sobre hojuelas, si lo comparamos con el relato que el *Quinto Miron* va á ofrecernos, y que bien pudiera titularse: *La calabaza milagrosa, ó un fraile que va por lana y que vuelve trasquilado*. Porque en el episodio de todo hay, como verá el curioso lector.

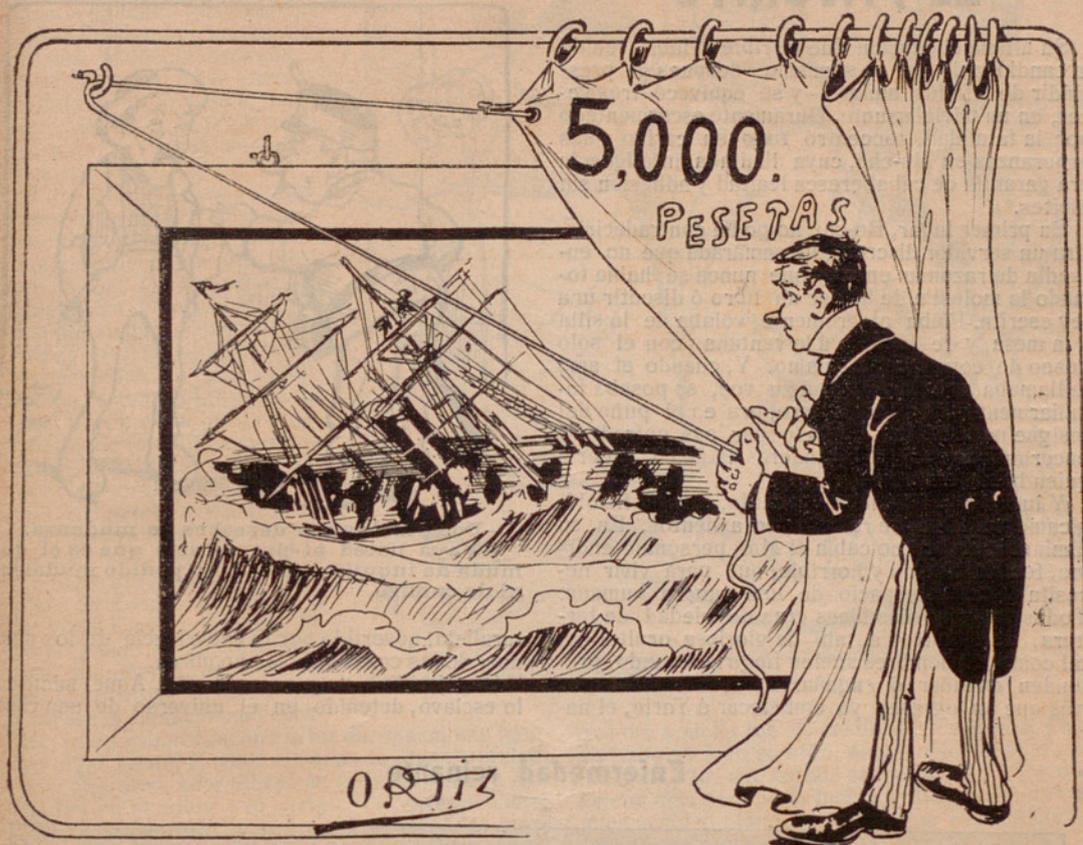
Refiere el *Miron* que su compañero *Quiñones*, por requerir de amores á la hija de un boticario, arriñóse en plé á la misma esquina de la botica, aguardando á que la mozueta se asomase á la ventana de la casa, y añade: "Caía sobre ella (sobre la esquina) una azotea; y entre unas macetas estaba en el mismo pretil una *calabaza romana*, tamaña casi como una botija perulera. Mirábala yo de hito en hito, maravillándome della, cuando ví que un hombre rubio, ni sé si padre, si hermano de la moza, alzó con ambas manos la *calabaza*, que, como dije, estaba sobre el pretil de la azotea, y, poniéndose en el cantillo mismo, dejóla caer á plomo desde arriba; y al punto se retiró, para que no le viesen. La *calabaza* debía estar podrida por debajo, con la humedad del pretil; porque, cayendo perpendicularmente sobre la cabeza de *Quiñones*, que estaba en la misma esquina, se le encajó hasta los hombros como si fuera un morrion. Yo, á todo esto, ni sé si estaba despierto ó si soñaba; porque ni reparé en lo que el hombre del azotea pretendía cuando tomó la *calabaza* en las manos, ni casi eché de ver lo que á mi compañero le había sucedido; hasta que viéndole bregando y dando saltos de acá para acullá, para arrojar de la cabeza la negra *calabaza*, caída la capa por el suelo y dando unos bufidos de becerro, como debajo de una tumba, salí pidiendo socorro á los que pasaban por la calle, que ya se habían juntado no sé cuántos..."

Y aquí llega el momento culminante de la tragicomedia; pues mientras al *calabaceado* auxiliante en una barbería inmediata, "júntanse en remolino (dice CERVANTES) más de cincuenta personas delante de la botica..."

"Hombres, mujeres y muchachos (prosigue el *Miron*), puestos todos en rueda, y en medio la *calabaza*, en el suelo, mirándola con asombro... Y oí que un viejo carpintero, vecino del boticario, decía á voces:—Señores míos, este mozueto galancete há muchos dias que escandaliza estos barrios; yo sé bien sus intentos y la ruin intencion con que rondaba esta calle. Dios, milagrosamente, le ha enviado este castigo del cielo..."

No hubo menester oír más que esto un *fraile baci-*

Lo del "Ignacio Roca"



--¿Será bastante esta cortina para taparlo?

nilla (1) muy gran alharaquiento, que todos conocemos; cuando, abrazándose con la calabaza, se subió sobre un pino que estaba tendido en la calle, y comenzó á dar mil gritos: "Cristianos, no es esta calabaza como las otras calabazas. ¡Dios de su mano la ha enviado para castigo de este pecador! ¡Miradla como reliquia y temblad á los juicios divinos!... De aquí me quiero ir derecho á casa de un platero devoto de mi órden que me guarnezca esta gloriosa calabaza para colgarla delante del altar mayor de mi convento, junto á la lámpara de plata... ¡Pueblo cristiano, todos me den sus limosnas para ayudar á guarnecer esta reliquia!"

No hubo estado reliquia, esta segunda vez, cuando una vieja salió de través, diciendo á voces: "¡Ay, padre de mi alma, deme tantica de esta reliquia de calabaza, por las entrañas de Dios, que me dará la vida para sanar de mis achaques!". Tras la vieja llegaron otra infinidad de mujeres, y tras ellas gran multitud de muchachos y de pícaros, y aun de hombres de capa negra; y por tener parte en la bendita calabaza, unos sobre otros dan con nuestro fraile en el suelo, y en un momento, á puñaladas, arrebató cada uno della lo que pudo, sin que quedase della ni un pedacico tamaño... ¡Fué mucho que no ahogasen al fraile los que cayeron sobre él! Pero salió al cabo de un rato pateado, lleno de lodo el hábito y la cara y sin la bacinilla, que, con la imágen y con todo el di-

(1) Fraile que con una bacinilla de metal ordinario, con la imágen, demandaba limosna.

nero que había en ella, no pareció viva ni muerta..

¿Necesita el relata moraleja? Pues póngasela el piadoso lector, haciéndose cruces, cual yo me las hago, al evocar la grotesca figura del enlodado fraile, para quien la calabaza resultó verdaderamente milagrosa, ya que ayudó á dejarlo más limpio que una patena, distribuyendo providencialmente entre los menesterosos la colecta de la bacinilla, que de todas suertes á los pobres estaba dedicada, aunque otra cosa piensen los incrédulos y maliciosos.

Y tras persignarnos, para que nos libre Dios de malos pensamientos, pidámosle que CERVANTES no resucite, porque él, "miron constante, gran pintor de costumbres y observador profundísimo de ellas, que las describió tan magistral y agradablemente como las contemplaba", hoy, ¡á los trescientos años! tantas y tales calabazas vería, más ó menos milagrosas, que sus risotadas habían de enrojecernos, á fuer de españoles devotísimos, y acabaríamos por renegar de él, de su inmortalidad y de sus grandezas...

¡Buena conmemoracion de centenario del QUIJOTE le hubiéramos preparado los creyentes si llegamos á percatarnos con tiempo de que CERVANTES halló en el milagre motivo de solaz para sus entremeses!...

Cuando menos lo condenamos á un auto de fe, en efígie. Para saludable escarmiento de cuantos regatean ¡oh, protervos! la virtud sobrenatural á ciertas reliquias... calabaceadas.

JOSÉ M. MILEGO.

EL FAVORITO

Su última decepción fué terrible. Había tenido la candidez de fiar en sí mismo—después de prescindir de infieles amigos—y se equivocó tres veces, en un trivial asunto. Duramente escarmentado por la fatalidad, concentró todo su cariño y sus esperanzas en Bo-chê, cuya limitada inteligencia era garantía de caballeresca lealtad y adhesión sin límites.

En primer lugar, Bo-chê no podía contradecirle. Era un servidor discreto, un camarada que no entendía de razonamientos y que nunca se había tomado la molestia de hojear un libro ó discutir una ley escrita. Piaba alegremente, volaba de la silla á la mesa, y de la mesa á la ventana, con el solo deseo de complacer á su amo. Y, cuando el amo le llamaba, acudía gozoso á su voz, se posaba familiarmente ora en el tintero, ora en el puño del insigne naturalista, elogiado por sus cofrades y encornudado por su lavandera la única mujer á quien había tratado.

Y luego que Bo-chê, el pardillo, estaba fisiológicamente libre de ruines pensamientos. En su diminuto cerebro no cabía el Mal, personaje enorme, feo, fantástico y horrible, que para vivir necesita el amplio espacio de una cabeza humana. Todas sus pequeñas ideas eran de piedad, de ternura, de filantropía, ¡ah! de gloriosa ornitofilia, tal como los hombres suelen fingirla cuando pretenden engañar ó engañarse á sí mismos... por más que no lograsen ya embelesar á Yarin, el na-

EL NUEVO IMPUESTO

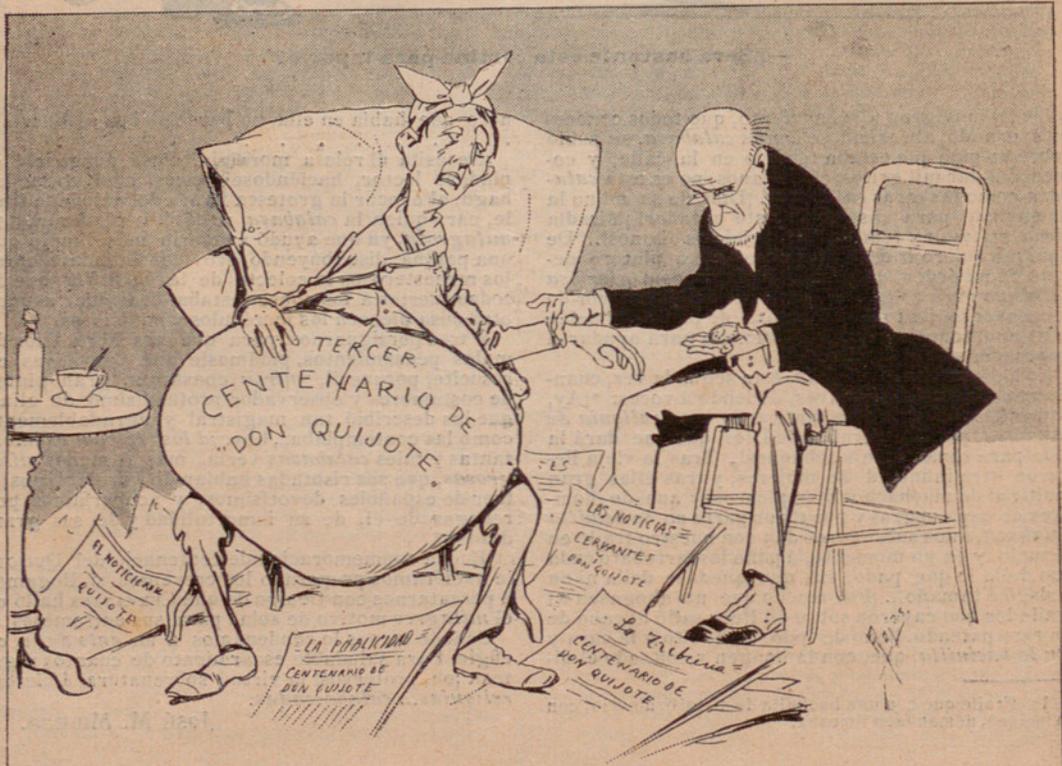


—Dos pesetas por derechos de mudanza.
—Vaya usted al propietario que es el que muda de inquilino. Yo no he podido mudarme ni de camisa.

turalista, advertido por la experiencia de los mundos, de las cosas y de los hombres.

El pajarillo vivía para su dueño. Aquel minúsculo esclavo, detenido en el universo de una casa,

Enfermedad reinante



—Afortunadamente, para el diez de Mayo ya estará usted curado. Es un empacho muy corriente en estos días.

equivalía á un sér maravilloso que poseyese incontables riquezas: el tesoro de no pensar y la grandeza de no saber nada. A su lado, Yarin se sentía feliz como los habitantes de una molécula ignorada .. en el sol menor de la nebulosa del Cangrejo. Nadie hacía mofa de él, y se le permitía acabar dignamente su existencia.

Para matar el tiempo, apartaba estudiar, y, absorto en formidables cavilaciones, ponía en olvido el gran desprecio que le inspiraban los seres y los objetos. Más de una vez se durmió, agotada la fuerza vital, sin apagar la bujía encendida en la mesita de noche; y tan pronto como la inevitable aurora venía á enterarse de lo que pasa en la tierra, el solitario saltaba del lecho y sonreía á Bo-chê.

—Amigo mío--sol'a decirle; —mi único amigo, ¡Bo-chê! Te he bautizado con un nombre chino para olvidarme por completo de cuanto se refiere á la vieja Europa, poblada de pícaros blancos y de mamelucos; si quieres, te buscaré un calificativo japonés que exprese la adulacion al vencedor, como saben concebir la los europeos, mis iguales. ¡Qué gente! Envidiosos unos de otros, petulantes é ingratos, adoradores de la hipocresía y creyentes en el honor y el vicio... Tu entendimiento casi imperceptible no alcanza á comprender estas mentiras. ¡Dichoso tú, Bo-chê, que resides en el pequeño infinito de tu ignorancia! Pero, si acaso hubieres entendido mis palabras, olvídalas *in æternum*...

Terminada esta perorata, Yarin se iba á almorzar, satisfecho de su prudencia y de su elocuente ingenio.

Una noche se durmió, como de costumbre, rodeado de volúmenes y mapas, que llenaban la mesita y la cabecera de la cama, que se deslizaban hasta la alfombra é inundaban como un mar el ancho aposento. Al lado de este combustible, ardía una gran bujía blanca, semejante á un faro en pié-lago inmóvil.

La curiosidad fascinó á Bo-chê. Le tocó con sus antenas de oro, y el pobre pajarillo fué á ver lo



—¿A ver quién de ustedes es capaz de deshacer el lio que he armado yo solito?—

qué era aquella luz en medio de los libros. Cuando hubo saciado su afán, emprendió el vuelo á su jaula abierta, que estaba sobre una silla. Pero una de sus alas derribó la bujía, y diez segundos después ardía el plano de la antigua Persépolis, extendido sobre la mesa.

Con espantosa rapidez propagóse el fuego á los demás papeles y á las sábanas del naturalista. El calor y el humo despertaron á Yarin, medio asfiado. Una claridad siniestra resplandecía en la estancia, y Yarin, á quien el espanto había clavado en la cama, no se explicó toda la magnitud del desastre.

Se abrasaba entre las llamas, y se retorció como un epiléptico en el furioso transporte de un amor sin medida y sin término. El humo negro y la luz roja y ardiente le cegaron, le impidieron ver los grandes ojos del demonio Bo-chê, cuyas inmensas alas centelleaban en la hoguera alimentada por todos los papeles del mundo.

RAMON SEMPAY.

UN VALIENTE

CUENTO ANDALUZ

En Córdoba había un *surtan* que quiso saber un día si en la *siudad* se podría encontrar un capitán de valor y valentía.

Jiso que un pregon llamara con *urgensia* á *toa* la gente y mandó se presentara *tóo* el que se considerara *esforsao*, bravo y valiente.

Tres *gachós* se adelantaron y ante *er surtan* se pararon, *dimpuestos á demostrá* que ellos jamás se asustaron tratando de *pelea*.

Y *er surtan* les dijo así: —Tengo *enserrao* un toro ahí que es... ¡la torre de Babel!! Ahora va á salir aquí. Entendéros las con él.

En cuanti que esto lo oyeron
dos de aquellos tres valientes
una carrera emprendieron
que á escape *esaparesieron*
de la vista de las gentes.

El otro allí se *queó*.
Ni *siquiá* se meneó.
Y *er surtan* le fué á *abrasá*
y *asombrao* le preguntó:
—Tú ¿no te asustas de *ndá*?
Pero el *probe*, sin poder

casi un movimiento *haser*,
dijo, tartamudeando:

—No... es eso... Si estoy temblando...
Es que... no me *pueo* mover.
No sé qué cosa he *notao*
asin por los pantalones...
No sé lo que me ha *pasao*...
Pero es que... se me han *pegao*
á las nalgas los *carsones*...

M. JIMENEZ MOYA.

¡MUCHAS GRACIAS!

¡Muchas, muchísimas gracias, señores de la mayoría republicana de la Casa de las concnpscencias!

¡Cuando, tiempo atrás, les oía en los mitins despotricar contra las prácticas rutinarias de nuestros ediles neos y les veía dispuestos á realizar las acciones más heroicas, me enorgullecía y reflexionaba que la nivelacion social era un he-

cho, que no iban á continuar las anomalías acostumbadas..

Yo no diré que esperara no pagar la cédula, ni tirar la basura á la calle sin que nadie me molestara; no, señores, yo no [quería tanto. Pero de esto á que la mayoría se tire unas planchas fenomenales va una distancia mayor que la de España respecto á los países civilizados.. ¡Miren ustedes que á los republicanos nos ha caído la lotería con las genticillas que nos representan en el Municipio! Habíame imaginado unos individuos graves, sesudos, con una rigidez espartana, oponiendo un terrible dique contra los abusos de la clerigalla.. ¡Sí, sí! ¿Dique has dicho? Como el del puerto, que, despues de construido, se ha visto que no servía para nada.

Hace unas semanas tuve un resto de confianza.. ¡qué crédito soy! en la mayoría.. La célebre proposicion Corominas-Bastardas pidiendo que no se prohibiera el tránsito rodado en los días de Semana Santa me pareció valiente y justa y, en un rasgo de candidez, estuve á punto de imprimir un ósculo cariñoso sobre las mejillas de Porrera, que es el mayor de los sacrificios que se me podría imponer...

—¡Oh, qué hombres! — me decía—. ¡Ahora vuelven aquellos tiempos... ¡ay! de *concelleres* que no se doblegaban, de gente *mascle*, que dirían los zangolotinos del catalanismo, de puidonorosos patrios! Pero vino el tío Nelo con los buñuelos ó el tío Paco con la rebaja, y esta apocalíptica mayoría, que parece cosa de escenario por lo llena de trampas, metióse de pies en el cubo con ánimo de no sacarlos de allí en una eternidad...

A mí me extraña cómo aun no han coronado á Corominas y demás compinches mártires de la férula unionista (q. e. p. d.), porque la corona se la merecen.. Y puede que se la

PIEDRA Y GRANIZO

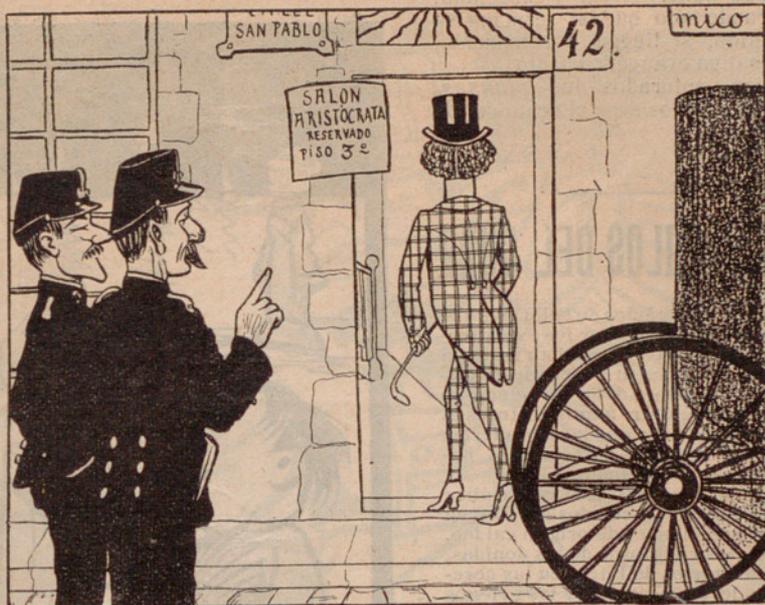


—Tomad, por estúpidos. Así no volveréis á hacer rogativas.

tiren algunos entusiastas suyos, como ellos se la han tirado á la República... es decir, de lindos ramos de alfalfa entrelazada con berza y salpicada de pepinos y zanahorias... ¡Qué cuco estaría don Eusebio montado sobre el pedestal de Colón, sustituyendo al ilustre marino, sosteniendo en una mano una casita de belén, que es á lo que ha quedado reducida la famosa Casa del Pueblo (en liquidación), con la otra señalando la cárcel, no sé para quienes, y ostentando la corona en que debe transformarse el gorro frigio que no quiere sostenerse en aquella testa

La proposición Corominas-Bastardas á mí me causó una alegría sin igual; pero mi gozo en un pozo... Mucho humo, mucha palabrería, para dejar retirada la proposición de una manera más vergonzosa que las retiradas del popular cangrejo ruso señor de Kuro-patkin—*Suro-patkin*, como andan diciendo por ahí—, cuando no había lucha, cuando era absolutamente seguro, por lo menos, obtener la transacción de que en jueves y viernes santo circularan

NUESTRA ARISTOCRACIA



—Mé parece que este señorito trae algo sospechoso en la trasera.
—Algo pescaremos.

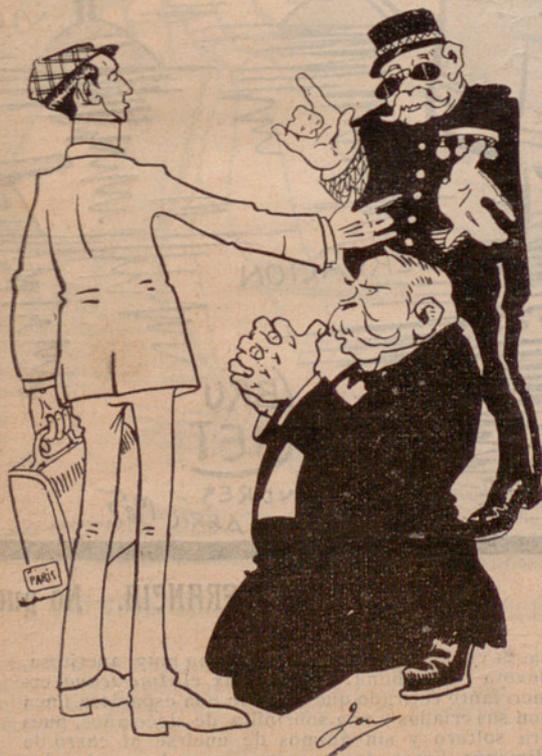
los tranvías que unen el centro de la población con las barriadas extremas, con lo que algo se ganaba; pero esos señores en mayoría tienen más apego á la vara que á su cuerpo y tienen más miedo á una suspension que á una paliza, y eso que se tienen merecidas ambas cosas.

Yo pregunto: ¿qué tendrá el cargo de concejal que todos se agarran á él y no lo sueltan? ¿Miel?... No lo he podido averiguar nunca; de manera que pienso esperar á que me hagan concejal para saberlo... Hoy cualquiera puede serlo. ¿No lo es Mundi?

...¡Me es imposible olvidar aquellas gallardías de los mitins y aquellos arrestos de la mayoría! ¿Será que les cortan algo á los republicanos del *trust* cuando entran en el Municipio? ¿No? ¡Pues cualquiera se los imagina guardando el harem de don Abd-el-Azis, como cargo adecuado á sus facultades!

Antes de entrar en la Casa todo se vuelve promesas de reforma, saneamiento carca-fusio-regional, moralidad administrativa; el pan se pondrá á real el kilo, el vino puro á quince céntimos litro, la carne á cuarenta céntimos los 400 gramos; nada, que uno supone que se han acabado los trampantojos concejiles, las venalidades, el comer caro y malo, y luego, una vez encaramados en las poltronas... ¿pan á real? ¡Gárgaras! ¡A tres reales y gracias! ¿El vino á quince céntimos? ¡A cincuenta, y menos mal que fuera vino! ¿La carne? Ya la pagarás á peseta si la quieres, obrero inocentón que depositaste tu voto lleno de fe y de esperanza.

Acerca de estas y otras cosas de este y otro jaez iba cavilando la tarde del Jueves Santo mientras escalaba la cumbre del Tibidabo sin temor á la lluvia, maldiciendo y renegando de la mayoría republicana, que nos ha resultado más *neula* y sacristanesca que el cardenal Pepito, ó mosen Góte-ras, ó mosen Lletuga, ó mosen Enrich... el de la Joaquina.



—Con tal de conservar el Poder haré lo que me manden.

Pero, en fin, si can trabajando así para su honor, gloria y concejalia, aspirando solo que al terminar su cometido, si llegan a terminarlo, se les diga evangélicamente:

¡Bienaventurados los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos!

JUAN SINCERO.

LOS REGALOS DEL CURA

Los huevos teñidos de colorines que he visto estos días por los escaparates de los confiteros me han traído á la memoria la aventura de cierto clérigo que no quiero dejar de referir si quiera por quitar á mis lectores el mal sabor de boca que las majaderías de la eclesiástica Cuaresma les habrán dejado seguramente.

La costumbre cristiana y católica de coocer huevos cocidos en Pascua de Resurrección es de origen caldeo. En los ritos religiosos de los donidas, en los misterios de Baco, en las ceremonias de los egipcios y los griegos el huevo figura siempre como simbolo sagrado, que representa unas veces el nacimiento de Venus en el río Eufrates y otras el origen del mundo. La Iglesia, imitadora servil de los paganos, que en estos días se regalaban huevos pintados, los adoptó como simbolo de la resurrección de Cristo y en el día de la Pascua los bendice solemnemente con las preces prescritas por el papa Paulo V.

De los huevos naturales cocidos y pintarrajeados se pasó fácilmente á la costumbre de regalar á los amigos y deudos huevos artificiales más ó menos artísticos que encierran en su interior un obsequio. Y aquí entran los regalos de mi cura.

II

Le llamábamos *Mil hombres* por su estatura pequeña y su facha ridícula, pues era algo cojo; pero con una simpatía para las mujeres que Mir y el gobernador de nuestra insula serían á su lado un *sandwich* de quince centímetros. Después de muchos tumbos en su carrera eclesiástica había venido á dar con sus huesos clericales en Manueza, oscura aldea del obispado de Madrid, para descansar, según él, como castigo de no sé qué fechorías, según las lenguas viperinas de sus colegas. No era un sabio, ni mucho menos, pero había corrido bastante como capellan suplente del ejército, y podía seguir una conversación con personas ilustradas sin soltar una animalada; cosa rara é insólita en todo tonsurado.

Mil hombres en su aldea tenía pocas piezas á quien tenderla red del amor; las zafias y ariscas campesinas no eran su bocado predilecto; pero á buena hambre no hay pan duro, y cuando por las tardes iba por los campos y prados, dando su habitual paseo, hay quien asegura haberle visto retozar con alguna pastora que huía sofocada al ver que se le marchaban las cabras.

En el pueblo no había más que dos personas de relieve, fuera de *Mil hombres*, que eran doña Narcisa,

la viuda del veterinario, jamona muy apetitosa, devota y ricachona, y don Felix el *Americano*, comerciante retirado que vivía en una espaciosa finca con sus criados y una sobrinilla de doce años, pues era soltero y sin ánimos de unirse al carro de Himeneo. Estas dos personas eran las amistades predilectas del buen cura; de don Felix no sacaba

nada; de doña Narcisa sacaba algo, que al fin era viuda y sola, y ¡qué diantre! para qué quería lo que tenía si no hacía algun beneficio á su párroco y pastor?

III.

Mil hombres sabía que en las ciudades la gente fina al llegar la Pascua se regalaban huevos con al-

guna cosita dentro. El no quería perder las ocasiones de acreditarse de hombre al corriente de las cosas del mundo, y antes de Semana Santa ya había hecho su escapada al próximo Madrid, de donde vino con dos huevos, destinado el uno para doña Narcisa y el otro para la sobrinilla del *Americano*. Eran de madera tallada, con muchos dibujos y dorados, y den-

LA NO-DIPLOMÁTICA



FRANCIA.—No puedo ayudar.—Vete y con esos, amigo,—tú te las entenderás

tro cada uno traía su regalo. El curilla sonreía cada vez que los hacía sonar.

Doña Narcisca había extremado sus bondades con el liliputiense párroco hasta el extremo. *Mil hombres* no cabía en el pellejo de gozo; desde que empezó á dársele chocolate todas las tardes en casa de la viuda ya no se le vió más corretear por los prados tras las Cloris y Doroteas.

IV.

Mil hombres llamó al monaguillo.

—Oye; ¿tú sabes dónde viven doña Narcisca y don Felix?

—Sí, señor, como todo el mundo.

—Pues bien, mira, toma esto: no lo desenvuelvas. Este paquete, que es el más grande, lo llevas á casa de doña Narcisca, y el otro á don Felix, de parte del señor cura. Te darán alguna perrilla.

El chico salió corriendo.

—¡No te equivoques!—le gritó el clérigo desde la puerta de la iglesia.

LA MANO DE MOÑO

Fuera la noche es húmeda y fría. En el pequeño salon de *Laburnam-Villa* están las cortinas corridas y el fuego llama vivamente. Padre é hijo juegan al ajedrez. El primero coloca inconsideradamente su rey en posiciones tan peligrosas que provocan frecuentes comentarios de la anciana de cabellos blancos, sentada cerca del fuego haciendo media.

—¿Ois qué viento?—dijo el señor White, que acabando de descubrir, demasiado tarde, un error fatal, deseaba impedir que su hijo lo advirtiera.

—Escucho—respondió éste sin apartar los ojos de las distintas piezas del juego.— ¡Jaquel!

—Temo que venga esta noche—repuso el padre con el brazo suspendido sobre el tablero.

—¡Mate!—replicó el hijo.

—He ahí lo que tiene vivir tan lejos—masculló el señor White con violencia tan súbita como imprevisible—; de todos los parajes más sucios y retirados, este es ciertamente el peor. La calzada parece un lodazal y el camino un torrente. En vano me pregunto en qué piensa la gente. ¡Porque hay aquí tan solo dos casas ocupadas creen que ya nada importa nuestra comodidad!

—Cálmate, amigo mío—dijo su mujer tiernamente—; ya ganarás la próxima partida.

El señor White levantó vivamente la cabeza, demasiado vivamente para interceptar una mirada de inteligencia cruzada entre madre é hijo. Las palabras expiraron en sus labios y disimuló un estrambótico gesto en su barba gris.

—Helo aquí—dijo Heriberto White, oyendo gruñir la verja del jardín mientras un pesado paso dirigíase hacia la puerta de entrada de la casa.

El viejo bonachon se levantó con presteza y marchó al corredor donde se le oyó dirigir al recién llegado algunas palabras de cumplido.

El recién llegado se dolió de su propia suerte, si bien la señora White dijo: "¡Basta! ¡basta!," y tosío lijeramente cuando su marido entró en la habitación seguido de un hombre fornido, de cara rubicunda y ojos parecidos á bolas de lotería.

—El sargento primero Morris—dijo White presentándole.

El sargento mayor estrechó las manos tendidas hacia él, y, tomando el asiento que le indicaban junto á la chimenea, esperó pacientemente que su huésped sacara del bufete *whisky* y vasos y pusiera al fuego una cafeterilla de cobre.

Al tercer vaso se abillantaron los ojos del sargento y comenzó á hablar á más y mejor. El pequeño círculo familiar miraba ya con interés más vivo á este visitante llegado de lejanos países, que se acomodaba en su butaca y narraba escenas salvajes y proezas estupendas.

—Hace ya de esto veinte y un años—dijo el señor White haciendo un signo con la cabeza á su mujer y á su hijo.—. Cuando partió del almacén Morris era un mozo. Miradle ahora. A propósito, Morris: ¿qué

Antes de llamar á la puerta de la viuda el muchacho se detuvo confuso, mirando los dos paquetes.

Doña Narcisca, al destapar su huevo, se quedó fría; dentro había una aguja y un dedal y este papelito: "Para que aprendas á coser."

En cambio don Félix echaba lumbre por los ojos; del huevo destinado á su sobrina había salido un mechonato de pelo canoso dentro de un medallon sirviendo de cerco á una diminuta fotografía del sin par *Mil hombres*. Al obsequio acompañaba esta dedicatoria: "A la más querida de mis ovejas en recuerdo de la venturosa noche del 24 de Marzo, su párroco y pastor."

El lance se hizo público y el pobre *Mil hombres* tuvo que salir una vez más de otro pueblo...

Aún hay quien se ríe en Majanuez de los *huevos del cura*.

FRAY GERUNDIO.

comenzasteis á contarme el otro día sobre una mano de mono?

—Nada—se apresuró á responder el soldado—. En último término, nada interesante.

—¿Una mano de mono?—preguntó con viva curiosidad la señora White.

—Sí... tal vez llameis á eso brujería—replicó el sargento mayor con desenfado.

Los tres oyentes se acercaron á él con ávida curiosidad. El visitante llevó distraidamente á sus labios su vaso vacío y lo dejó de nuevo para que su huésped volviera á llenárselo, arrellanándose acto continuo en su asiento.

—A primera vista—dijo el sargento registrándose los bolsillos—diríase que es una manita ordinaria, diseada como la de una momia.

Y sacó de uno de los bolsillos un objeto que mostró con satisfacción á sus oyentes. La señora White retrocedió, dibujándose en su rostro una mueca de repugnancia; pero su hijo lo cogió y examinó curiosamente.

—¿Y qué particularidad tiene esta mano?—preguntó el señor White, á quien se la había entregado su hijo.

Y la miró á su vez con gran atención. Luego la colocó pausadamente sobre la mesa.

Un fetiche extraordinario.—Los tres deseos realizados.

—Un viejo fakir, hombre santo si los hay, la ha dotado de un poder mágico—dijo el sargento primero—. Con ella tres personas distintas pueden ver realizados tres deseos diferentes.

El tono de Morris causó viva impresión en los oyentes, quienes experimentaron la sensación de una risa falsa y forzada.

—Si es así—dijo Heriberto White—, ¿por qué no habeis formulado esos tres deseos?

—Los he formulado—replicó con lentitud.

Y su rubicundo rostro palideció horriblemente.

—¿Y se cumplieron realmente vuestros tres deseos?—preguntó la señora White.

—Sí—contestó el sargento primero, cuyos dientes castañetearon en el borde de su vaso.

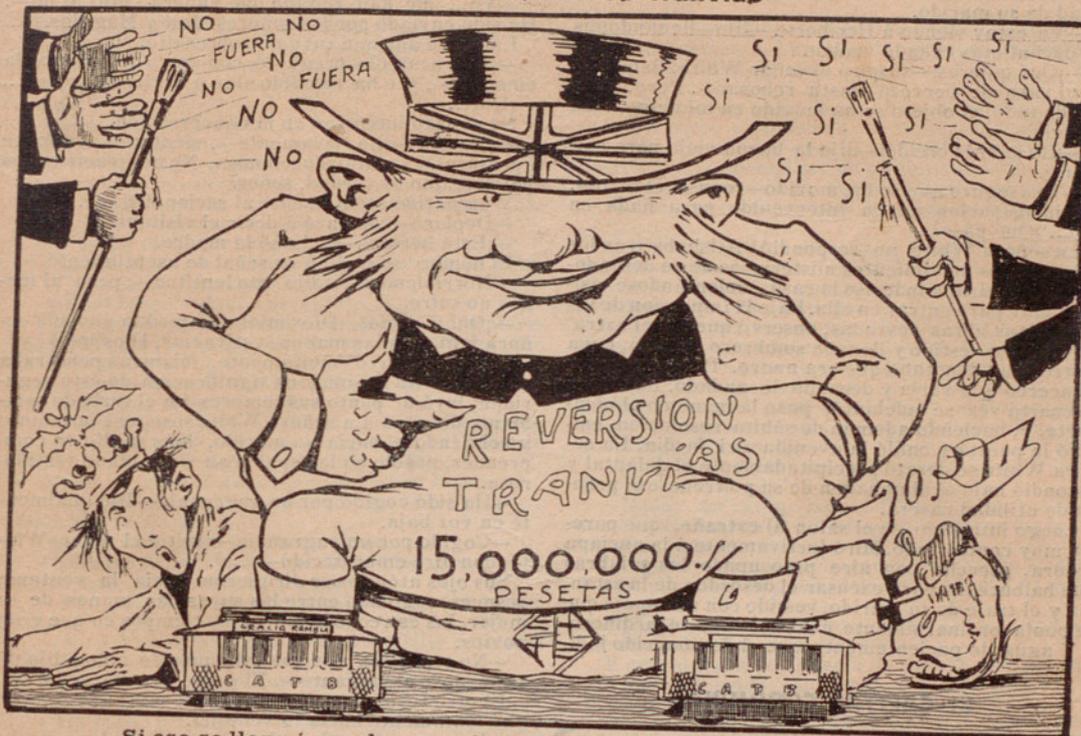
—¿Alguna otra persona ha puesto á prueba el poder de este talisman?—insistió la anciana.

—Sí... cierta vez un hombre vió sus tres deseos realizados. Ignoro cuáles fueron los dos primeros, pero el tercero invocaba á la muerte. Hé ahí por qué vino á mí esta mano.

La expresión de la fisonomía de Morris era tan grave, que un pesado silencio cayó sobre el intrigado grupo.

—Morris, puesto que vuestros tres deseos se han realizado ya, esta mano de nada os sirve—dijo White saliendo de su ensimismamiento.—¿Por qué la guardais? Si pudierais ver realizados todavía tres deseos, ¿intentaríais la prueba?

La reversion de los franvías



Si eso se llega á aprobar—va á conseguir el inglés—á la pobre fastidiar

—No sé—repuso el otro—... No sé...
Morris cogió la mano, y, balanceándola entre el pulgar y el índice, la arrojó súbitamente al fuego. White profirió un débil grito, se bajó y la echó fuera del hogar.

—¡Dejadla que se quemel—exclamó solemnemente el soldado.

—Si no la necesitais ya, Morris, mejor es que me la deis.

—No—repuso con aire de mal humor su amigo—. La he arrojado al fuego para que no os la quedarais. En otro caso, no me culpeis de lo que pueda ocurrir. ¡Vamos, White, tened conocimiento! ¡Arrojadla entre las ascuas!

White rehusó con un signo de cabeza y examinó atentamente el misterioso objeto que consideraba ya como suyo.

—¿Cómo hay que manejarla?—inquirió el buen hombre.

—Sujetadla con la mano derecha explicó el sargento—y formulad en voz alta vuestros deseos.... Pero ya os he prevenido contra las consecuencias.

White sacó del bolsillo el talisman, y soltaron los tres la carcajada, en tanto el sargento le sujetaba el brazo con la alarma pintada en el rostro.

—Si formulais un deseo—dijo con dureza—, que sea al menos para algo sensato y de provecho.

El señor White escondió la mano de mono en el fondo de su faldriquera y acompañó á su amigo hasta la puerta, donde se despidió el sargento de sus amigos, marchándose con gran zozobra.

Entonces el señor White tomó de nuevo la mano misteriosa y la examinó con mirada indecisa.

—El caso es—dijo pausadamente—que ignoro lo que voy á desear. Me parece que en este momento tengo cuanto necesito.

—Si liquidabas el precio de la casa, ¿no serías completamente dichoso?—preguntó Heriberto, poniéndole la mano en la espalda—. Pues bien, padre, desea doscientas libras...

El padre, riéndose tímidamente de su propia credulidad, elevó el talisman, mientras su hijo sentábase al piano con rostro solemne y tocaba unos acordes en los bajos.

—Deseo tener doscientas libras—pronunció bien distintamente el viejo White.

Un fuerte trémolo saludó estas palabras; pero un grito del buen hombre interrumpió el alboroto musical. Su esposa y su hijo corrieron á él precipitadamente.

—¡Se ha movido!—exclamó lanzando una mirada de disgusto al objeto, que yacía en el suelo—. Mientras formulaba mi deseo se ha retorcido en mi mano cual si fuera una serpiente.

—No veo el dinero—dijo Heriberto recogiendo el talisman y colocándolo sobre la mesa—, ni creo que lo veamos nunca.

Muy impresionada, sentóse toda la familia junto al fuego hasta que los dos hombres consumieron sus pipas. Fuera, el viento soplaba con más violencia que nunca... Al estruendo de una puerta que se cerró violentamente en el piso superior, White saltó en su asiento con nerviosidad. Un silencio desacostumbrado y angustioso reinó en el salon hasta que los dos viejos fuéronse á acostar.

Heriberto permaneció solo en la oscuridad, con los ojos fijos en el fuego expirante, donde danzaba toda una gama de formas fantásticas. La última era tan espantosa y de tal manera simiesca que le dejó estupefacto. Pareció como si se animara, hasta tal punto, que el jóven Heriberto, con risa forzada, paseó sus dedos por la mesa buscando un vaso de agua para arrojárselo. No dió más que con la mano de mono, y, sintiendo en todo su sér la impresion de un agudo calofrío, se restregó los dedos en la chaqueta y subió á su aposento.

En cambio de la dicha; un mensajero trágico.

Al día siguiente, al despuntar de un sol de invierno, Heriberto rióse de sus temores de la víspera. Se había arrinconado en una consola la manita negra y desecada, echándola al olvido, en prueba de la poca fe que se tenía ya por su poder.

—No derroches el dinero antes de que vuelva—recomendó Heriberto, levantándose de la mesa—... No vayas á convertirte ahora en avaro.

La señora White sonrió, y, acompañando á su hijo hasta la puerta, le siguió con la mirada, mien-

tras descendía por la calle; luego, sentándose de nuevo á la mesa, se divirtió á expensas de la credulidad de su marido.

—Ya estoy viendo á Heriberto—dijo—llenándonos de cuchufletas cuando vuelva.

—¿Qué quieres!—suspiró el señor White, llenándose el vaso de cerveza hasta rebosar—. Pero, á pesar de todo, el objeto se ha movido en mi mano... Lo juraría.

—¿Lo habrás creído!—dijo la buena vieja para calmarle.

—Te aseguro que se ha movido—repuso el otro—. La imaginación no ha intervenido para nada en eso... ¿Qué pasa?

La señora White no respondió. Atisbaba tras los cristales los movimientos misteriosos de un desconocido, que miraba indeciso la casa, violentándose visiblemente para entrar en ella. Bajo la impresión de las doscientas libras deseadas, observó que aquel extraño iba bien vestido y llevaba sombrero de copa, cuya lustrosidad denotaba que era nuevo. Por tres veces se acercó á la verja y desandó lo andado. Por fin, á la cuarta vez se adelantó, puso la mano en el picaporte, y, haciendo ademán de súbita resolución, empujó la puerta y enfiló la avenida del jardín. La señora White se desató precipitadamente el delantal y escondió bajo el almohadon de su poltrona esa prenda de utilidad casera.

Luego introdujo en el salon al extraño, que parecía muy contrariado. Miró furtivamente á la anciana señora, escuchó con aire preocupado las palabras que balbuceaba para excusar el desorden de la estancia y el traje de su marido, vestido con un ropaje que se ponía ordinariamente cuando hacía de jardinero. Y aguardó pacientemente que el desconocido indi-

cara el objeto de su visita; pero el extraño permaneció de momento extremadamente silencioso.

—Yo... me han rogado que viniera—dijo al fin—. He sido enviado por los señores Maw y Maggins.

La pobre anciana tuvo un sobresalto.

—¿Qué ocurre?—preguntó con voz alterada por la emoción—. ¿Le ha sucedido algo á Heriberto? ¿Qué?... ¿Qué?...

Su marido intervino en la conversacion.

—¿Vamos—dijo vivamente—, siéntate!.... No te apresures á sacar deducciones... No nos traeis malas noticias, ¿no es verdad, señor?

Y escudriñó atentamente al recién llegado.

—Deploro—comenzó á decir el visitante.

—¿Está herido!—exclamó la madre.

El hombre se inclinó en señal de asentimiento.

—Horriblemente—dijo con lentitud—; pero al menos no sufre.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío!—suspiró la anciana señora juntando las manos—. ¡Gracias, Dios mío!

Pero se detuvo súbitamente, mientras penetraba en su espíritu la siniestra significación de esta seguridad; leyó al punto sus temores en el turbado semblante del otro. La señora White se agachó un tanto y volviéndose hacia su marido, más tarde en comprender, púsole en la espalda su vieja mano temblorosa.

—Ha sido cogido por un engranaje—dijo finalmente en voz baja.

—Cogido por un engranaje—repitió el señor White, con aire embrutecido—...!

Sus ojos atónitos se dirigieron hácia la ventana; después, cogiendo entre las suyas las manos de su mujer, las estrechó como en los tiempos en que eran novios.

—No tenemos más que este querido niño—dijo dirigiéndose al visitante—. El golpe es rudo, señor...

El otro tosió para disimular y, levantándose, marchó lentamente hácia la ventana.

—La casa—dijo sin mirar á su alrededor—me ha rogado les dé el pésame con motivo de esta gran pérdida.

No le respondieron. La anciana tenía el rostro descolorido, la vista extraviada, la respiración imperceptible; la figura de su marido tenía la expresión que debía revestir la de su amigo, el sargento primero, el día de su primera batalla.

—Réstame por decir—continuó el visitante—que los señores Maw y Maggins declinan toda responsabilidad. Pero, en consideración á los servicios prestados por vuestro hijo, desean ofrecerme á título de compensación cierta suma de dinero.

El señor White soltó la mano de su mujer y, estirándose sobre los pies, lanzó al desconocido una mirada de terror.

—¿Cuánto?

—Doscientas libras—contestóle.

Sin oír el grito exhalado por su esposa, el viejo extendió las manos como hombre atacado súbitamente de ceguera, y, parecido á una masa inerte, se desplomó sobre el suelo.

....En el nuevo cementerio, distante un par de millas, los ancianos enterraron á su querido difunto; regresaron seguidamente á su casa, llena desde entonces de sombra y de silencio. Todo esto había pasado tan rápidamente, que apenas habían podido darse cuenta de ello; estaban á la expectativa, como si debiera ocurrir aún alguna otra cosa, otra cosa que aligerara este peso, demasiado pesado para sus viejas espaldas.

Era una semana después del fatal acontecimiento. Una noche, White se despertó bruscamente, extendió la mano y descubrió que estaba solo.

Una oscuridad profunda inundaba el dormitorio; de la parte de la ventana partían gemidos ahogados. White se levantó de la cama y escuchó.

—Ven—dijo tiernamente—. Vas á resfriarte.

—Más frío hace aún para mi hijo—respondió la anciana redoblando sus sollozos.

El ruido de los gemidos desvaneciéndose insensiblemente para los oídos de White. El lecho estaba caliente y sus párpados demasiado pesados. Durmióse con sueño agitado, hasta que un grito agudo lanzado por su mujer le despertó sobresaltado.

—¡La mano!—exclamó—. ¡La mano de mono!

EL CAPITAN COROMINAS



El globo se le ha incendiado y un trastazo va á pegarse que va á quedar reventado.

White, alarmado, se irguió en su sitio.

—¿Dónde?... ¿Dónde está?... ¿Qué pasa?

La señora White dirigióse á él dando tropezones.

—La quiero—dijo tranquilamente—. ¿No la has destruido?

—Está en el salón, sobre la consola—contestóle su marido estupefacto—. ¿Para qué la quieres?

La anciana reía y lloraba á la vez.

—Acabo de pensar en ella en este momento—dijo la infeliz febrilmente—. ¿Cómo no había pensado antes? ¿Cómo tú mismo no caíste en la cuenta?

—¿Pensar en qué?—preguntó el marido.

—En los otros dos deseos—insinuó la señora White—. No hemos formulado más que uno.

—Y no basta?—gruñó el marido.

—No—gritó triunfalmente la anciana—; formularemos aun otro. Baja á buscar la mano y desea que nuestro hijo vuelva á la vida.

El buen hombre arrojó las sábanas que abrigaban sus miembros estremecidos.

—¡Gran Dios! ¿Estás loca?—exclamó consternado.

—¡Coge la mano... cógela enseguida, y expresa tu deseo!... ¡Oh, hijo mío!... ¡Quiero á mi hijo!

White frotó un fósforo y encendió una bugía.

—Vuelve á acostarte—ordenó sin convicción—... No sabes lo que te dices.

Obstinada, replicó la señora White:

—Nuestro primer deseo fué realizado; ¿por qué no ha de serlo igualmente el segundo?

—Una coincidencia—balbució el bonachon anciano.

—¡Ve á buscar la mano y desea!—gritó su mujer temblando de emoción.

White se volvió para verla mejor; su voz era insegura, cuando añadió:

—Ha muerto hace ya diez días, y, por otra parte, él... no te diré más sino que te acuerdes de qué le reconocí merced á sus vestidos... ¿Qué quieres, pues, si tú misma no podías contemplarlo sin terror?

—¡Házele volver!—vociferó la anciana—. ¿Crees que temo al hijo que he amamantado?

Y empujó á su marido hacia la puerta.

White descendió á la planta baja, y, en la oscuridad, se dirigió con gran pena hacia la consola á través del salón. Un horrible pavor sobrecogió al viejo White. ¿Si los restos mutilados de su hijo, resucitados por el deseo aún no formulado, se le aparecieran de repente, antes de que pudiera huir del salón?... La sangre se le heló en las venas al ver que no podía dar con la puerta. Inundada de frío sudor la frente, dió á tientas la vuelta á la mesa y se deslizó á lo largo de la pared hasta llegar al estrecho corredor llevando en la mano el objeto maldito.

El último deseo; la vuelta á la vida; la horrible resurrección.

Cuando penetró en el dormitorio todo le pareció cambiado, hasta el rostro de su mujer. Le pareció lívido y devorado por la ansiedad, descubriendo una expresión extraña junto á su emoción inmensa. Le hizo miedo.

—¡Desea!—gritóle con voz cavernosa la vieja.

—Es una locura y un crimen, masculló el pobre hombre.

—¡Desea!—repitió su esposa.

White levantó la mano.

—Deseo que mi hijo vuelva á la vida.

El talisman cayó al suelo, retorciéndose como un reptil; el buen viejo mirábalo con terror. Luego, sacudidos sus miembros de agudo estremecimiento, se recostó en una butaca, mientras la señora White se aproximaba con los ojos fulgurantes á la ventana y recorría la cortina.

Transido de frío, White continuaba sentado; de tanto en tanto echaba una mirada á su mujer, que no dejaba de interrogar un momento á la calle.

El cabo de la bugía, ardiendo en el gollote de una palmaria de porcelana, lanzaba al techo y á las paredes resplandores temblorosos... Después de vacilar largo rato, se apagó al fin.

Con un indecible sentimiento de alivio, el viejo

hizo notar la falibilidad del talisman y se metió en cama nuevamente. Dos minutos después uniósele silenciosamente su mujer.

No cambiaron una sola palabra; acostados uno al lado del otro, escuchaban el tic-tac monótono del péndulo. De súbito crugió un escalón; un raton se deslizó furtivamente por un agujero de la pared. La oscuridad era absoluta. Armándose de valor, White encendió una cerilla y bajó á buscar una bugía.

Al llegar al último escalón, se apagó la luz; White detúvose para encender otra. Al mismo tiempo dieron en la puerta de entrada un golpe tan discreto, tan débil, que lo oyó apenas.

La caja de cerillas se escapó de la mano del viejo, esparciéndose su contenido por el corredor. El estupor le clavó los pies al suelo; luego retumbó de nuevo otro golpe, esta vez más recio. Entonces White dió media vuelta, ganó rápidamente su dormitorio y barró la puerta tras sí. Un tercer golpe resonó en el silencio de la casa.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—preguntó la anciana parando el oído.

—Nada... un raton—respondió White, cuyos dientes castañeteaban—. Lo he sentido pasar entre mis piernas en la escalera.

La mujer, sentada en la cama, escuchaba siempre. Un golpe dado con gran violencia sacudió la puerta de entrada.

—¡Es Heriberto!—exclamó con voz descompuesta la señora White—. ¡Es Heriberto!

Y corrió fuera de sí hacia la puerta; pero, adelantándose su marido, asíóla por el brazo y le impidió la salida.

Presentía el infeliz padre el abominable espectáculo del muerto, resucitando con todo el horror de la monstruosa mutilación que le había matado, con todo el horror de la podredumbre que diez días después le desfiguraba aun con su llaga infame.

—¿Qué vas á hacer?—murmuró con voz ronca.

—¡Es mi hijo!... ¡Es Heriberto!—gritaba siempre desesperándose—. He olvidado que se encontraba á dos millas de aquí... ¿Por qué me retienes?... ¡Déjame pasar!... ¡Es preciso que vaya á abrir la puerta!

—¡Por amor de Dios, que no en re!—suplicaba el anciano temblando de pies á cabeza.

—¡Tienes miedo de tu hijo!—vociferó su mujer luchando aun para desasirse—. ¡Déjame pasar te digo!... ¡Voy, Heriberto, voy!

Los golpes sucedíanse sin cesar. La vieja señora, haciendo un supremo esfuerzo, logró librarse del abrazo en que le tenía su marido y salió precipitadamente de la habitación. White la siguió hasta el rellano, suplicando á su esposa que subiera, mientras bajaba á brincos la escalera. Oyó resonar la cadena de seguridad de la puerta, el rechinamiento del cerrojo más bajo y la voz jadeante y trastornada de la anciana rugir estas palabras:

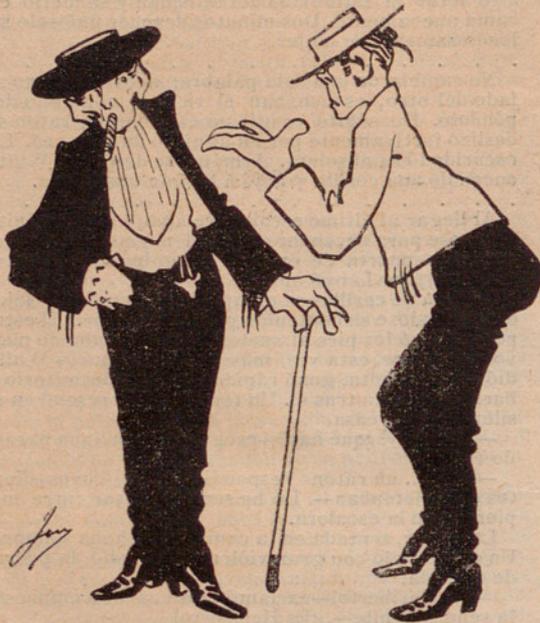
—¡El cerrojo!... ¡baja!... no lo alcanzo.

Pero White, acurrucado en el suelo, buscaba á gatas la mano de mono. ¿Si pudiera encontrarla antes de que esta "cosa", penetrara en la casa! Un tableteo de golpes retumbaba en la puerta de entrada; el ruido de un ataúd que su mujer arrastraba por el corredor y que apoyaba contra esta misma puerta llegó hasta los oídos del viejo. Percibió distintamente el rechinamiento de la cerradura... Al mismo tiempo encontraba la mano, y, completamente enloquecido, formuló su último deseo... ¡Que no entre! ¡Que el cadáver desfigurado permanezca en la tierra!

Los golpes cesaron súbitamente, bien que la casa continuara llena de los ecos de su retumbar siniestro. White oyó retirar la caja y abrir la puerta. Un viento glacial barrió la escalera; un largo gemido de contrariedad y de dolor, exhalado por su mujer, dióle valor para correr á su lado y mirar después tras la puerta. A la luz del mechero de gas situado en la otra acera distinguió la calle tranquila y absolutamente desierta...

W-W. Jacobs.





—Ya ves lo que hay que *jasé*. No se le brinda *er toro* y á escape nos *consée tóo* lo que pedimos.



VILLAVERDE. — ¡Tontos! ¿Creeis que me nombraron para cuidarme de vosotros?



Es el primero de Mayo la fiesta de los obreros y cada año, es indudable, van ganando más terreno.

Mientras ellos en los mítins exponen sus pensamientos, los burgueses en sus casas, mostrándose satisfechos, intentan reirse en tanto la digestion van haciendo.

Pero ya es cosa sabida, no es para nadie un secreto, que en el primero de Mayo se hace un consumo tremendo de bicarbonato sódico, agua-naf y otros remedios.

Una cigarrera de Alicante pidió al rey una gracia, y al recibir la noticia de que le había sido otorgada se murió de emoción.

Hay cosas que hasta haciendo bien matan.

Reig, el corresponsal del *Heraldo*, manda á Madrid telegramas y telegramas sobre el naufragio del *Vicente Roca*.

Pero ¿qué *Vicente*?

Desde que Canalejas fué abrazado por las cigarras al ir escoltando al rey todo el personal de la casa, ha perdido la cabeza.

Reig inventa naufragios.

Y el *Heraldo* del domingo llama *ilustre* á Nozalada.

¡*Actum est* de Canalejas!

La *Epoca* está que trina por el reglamento definitivo hecho para la aplicacion de la ley del descanso dominical.

Y sus nervios conservadores se ponen de punta porque el obrero podrá descansar cuatro ó cinco dias al mes sin dejar de percibir su jornal.

Indudablemente Cánovas no ha muerto todavía.

Si, según las noticias, en un dia han ido á visitar la enfermería *Lagartijillo*, *Montes*, *Machaquito* y *Minuto* y *Gallito* y *Platerito*, don Tiberio no debe molestarse ni hacer reuniones, ni discursos fieros, pues la fiesta tendrá que terminarse por falta de toreros.

Los amigos políticos de Lacierva en Murcia le han regalado una vajilla de plata con sus doce platos soperos, 36 llanos, 24 de postres, etc., etc.

El regalo es verdaderamente simbólico.

Pero ahora le resulta un poco tardío. Tendrá que guardarla para mejor ocasion.

Tambien le han regalado una lechera. No harán mala pareja.

Hemos estado á punto de vernos sorprendidos por una intontona carlista.

Gracias á una carta que llegó á poder del gobernador, éste nos libró del que hubiera sido terrible despertar del domingo de Pascua.

Porque las huestes estaban dispuestas á dar el golpe ese dia.

Verdad es que los ejércitos se componian de un jefe y de un soldado, ambos sin armas.

Una especie de orquesta de Parrondo.

Cuatro filas de á uno y uno no tocaba.

Tanto la fotografía en poco tiempo ha avanzado que con ella se ha llegado á donde nadie podría hace años haber soñado.

Nadie tiene que esperar ni que estar ya prevenido si lo van á retratar.

Pero á muchos le ha venido ese avance á fastidiar.
 Pues si uno, cuando otro esté enfocando, no lo nota, no se prepara y á fe que entonces la gente ve que tiene cara de idiota.

**

Se habla de Márquez de la Plata para ocupar la subsecretaría de la Presidencia.

Eso es subir.
 Antes era secretario particular de Villaverde; antes escribiente de la secretaría particular; antes hombre de mucha confianza de la marquesa de Pozo Rubio; antes...

Quién sabe si ahora, al entrar en el despacho del presidente, se equivocará alguna vez y le dirá:
 —Señorito, el coche está á la puerta.
 Hay equivocaciones muy lamentables.

**

¡Qué dirá don Carlos!
 Los dinásticos están en la Diputación en igual número que republicanos y catalanistas unidos. Y, sin embargo, han ganado la presidencia los dinásticos, gracias al apoyo de los *carcas*.

Lo que dirá don Carlos de Borbon:
 —¡Vaya un modo de hacer oposicion!

**

El Liberal traslada su imprenta y sus talleres á la calle del *Peu de la Creu*.

Es natural.
 Después de crucificado y ahora sin el *Doctor Centeno* y algun otro, ya sabe qué papel tiene que hacer Darío Perez.

El de Virgen de la Soledad, al *peu de la creu*.

**

La Cervantorrea nos invade á todos.
 Cervantes político,
 Cervantes filósofo,
 Cervantes botánico,
 Cervantes agrónomo,
 Cervantes geometra,
 Cervantes geógrafo,
 Cervantes... ¡¡narices!!
 ¡Esto ya es el colmo!
 ¡¡Esos cervantistas son lo más *latosos*...!!

**

Segun el *Heraldo*, "el Gobierno tiene la más absoluta confianza de que el P. Nozaleda no llegará á posesionarse de la archidiócesis de Valencia."

Lo que son las cosas: nosotros creíamos que Alfonso XIII le había abierto el camino.

Seguramente han *resucitado* los amigos de Blasco y Soriano.

Siempre paga el más débil.

QUEBRADEROS DE CABEZA

CHARADA

(De Luisa Guarro Mas)

Es un río mi *primera*,
 un *dos* parte de unida 1,
 y el *tres* *cuarta* de mi amada
 es una preciosidad.
 El *todo* es género fino
 que no dudo acertarás.

PROBLEMA

De tres socios de un establecimiento el primero representa un capital de 5,000 duros; el segundo una tercera parte de la mitad y el tercero la quinta de las ocho *novenas*.

¿Cuál es el valor total del establecimiento y qué parte correspondió á cada socio al hacerse el reparto de mil duros de ganancia?

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

(De *El Mero*.)

EL
 Y
LA
LLORA

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 15 de Abril)

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO
 Letrados

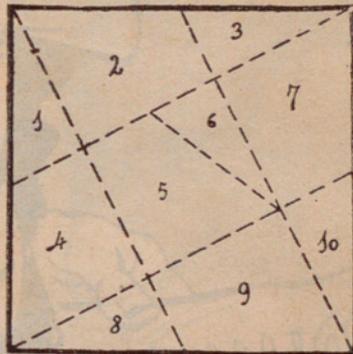
A LOS ROMPE CABEZAS

Lerroux
 Salcedo

A LA TARJETA

El pobre Valbuena

AL PROBLEMA GEOMÉTRICO



A LA INTERPRETATIVA

De un lado la cabeza — Del otro el corazon

AL ROMBO

F
 A R O
 F R E S A
 O S O
 A

Han remitido soluciones.—Al jerooglífico comprimido: Francisco Masjuan Prats, «Rumbós», T. Pauls (de Sabadell), Mariano Fochs (de Figueras), «Dos estudiantes», Antonio Zubizarreta (de Bilbao), P. Galtés, Juan Aymenrich, L. Roig, Andrés Sampóns, Ramon Jimenez (de Valencia) y «Un suscriptor de Gracia».

Al rompe cabezas segundo: María Embil, «Rumbós», P. Galtés, Mariano Fochs, Isidro Raventós, Andrés Sampóns, «Una modista», Pedro Santaló, Anastasio Manzanares, Pedro Viscasillas (de Madrid), Rosendo Bernat (de Valencia), Juan Plá y Mir, T. de Pol y «Dos estudiantes».

A la tarjeta: Luisa Guarro Mas, Francisco Masjuan Prats, Arturo Carrió, Cirilo Matafraras, «El Rusófilo», «Rumbós», Antonio Zubizarreta», Rosendo Bernat, Ramon Jimenez, Octavio Ribalta (de Valencia), Anastasio Manzanares, T. de Pol, Pedro Santaló, Antonio Rius (de Tarrasa), Tomás Lloró, M. Reig, «Un sabadellés», J. Serra (de Vilafranca), M. Sistachs y Juan Liobet.

Al problema geométrico: Francisco Masjuan Prats.

Al rombo: Elisa Valls, Luisa Guarro Mas, Francisco Masjuan Prats, Arturo Carrió, Cirilo Matafraras, «El Rusófilo», «Rumbós», Octavio Ribalta, Anastasio Manzanares, Pedro Santaló, T. de Pol, Ramon Jimenez, Antonio Rius, M. Reig, «Dos estudiantes», «Un saba tellés», M. Sistachs y A. de M.

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 3 bis, bajo

